



ENERO - JUNIO 2026 | No. 3

INTERFOLIA





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Santos Guzmán López
RECTOR

Mario Alberto Garza Castillo
SECRETARIO GENERAL

José Javier Villarreal
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Víctor Barrera Enderle
DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Lizbet García Rodríguez
Roberto Kaput González Santos
EDITORES RESPONSABLES

María Villagómez
DISEÑO EDITORIAL

Valentina Moreno Chávez
Izamar Gómez Reza
CORRECCIÓN

Luis Fidel Camacho Pérez
Ángel H. Candelaria
Lázaro Izael
Nancy Elizabeth Lucio López
María Fernanda Ramos
Carlos Rutilo
Reyna Alejandra Vera Colunga
Verónica Zúñiga
EQUIPO EDITORIAL

En portada:

Obra derivada de la fotografía de la Casa y Museo de José Lezama Lima.

Fotografía: "Casa José Lezama Lima 9488 Habana Cuba" por Christian PirkI (24 de marzo de 2026), (Wikimedia Commons: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Casa_José_Lezama_Lima_9488_Habana_Cuba.jpg).

Estilización por María Villagómez

Licencia: CC BY-SA 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/legalcode>)

Interfolia, año 2, no. 3, enero-junio 2026, es una publicación semestral editada por la **Universidad Autónoma de Nuevo León**, a través de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, calle Pedro de Alba s/n, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, C. P. 66451, Nuevo León, México. Teléfono **8183294015**

Página electrónica de la revista:

<https://interfolia.uanl.mx/>

Correo electrónico: revista.calfonsina@uanl.mx.

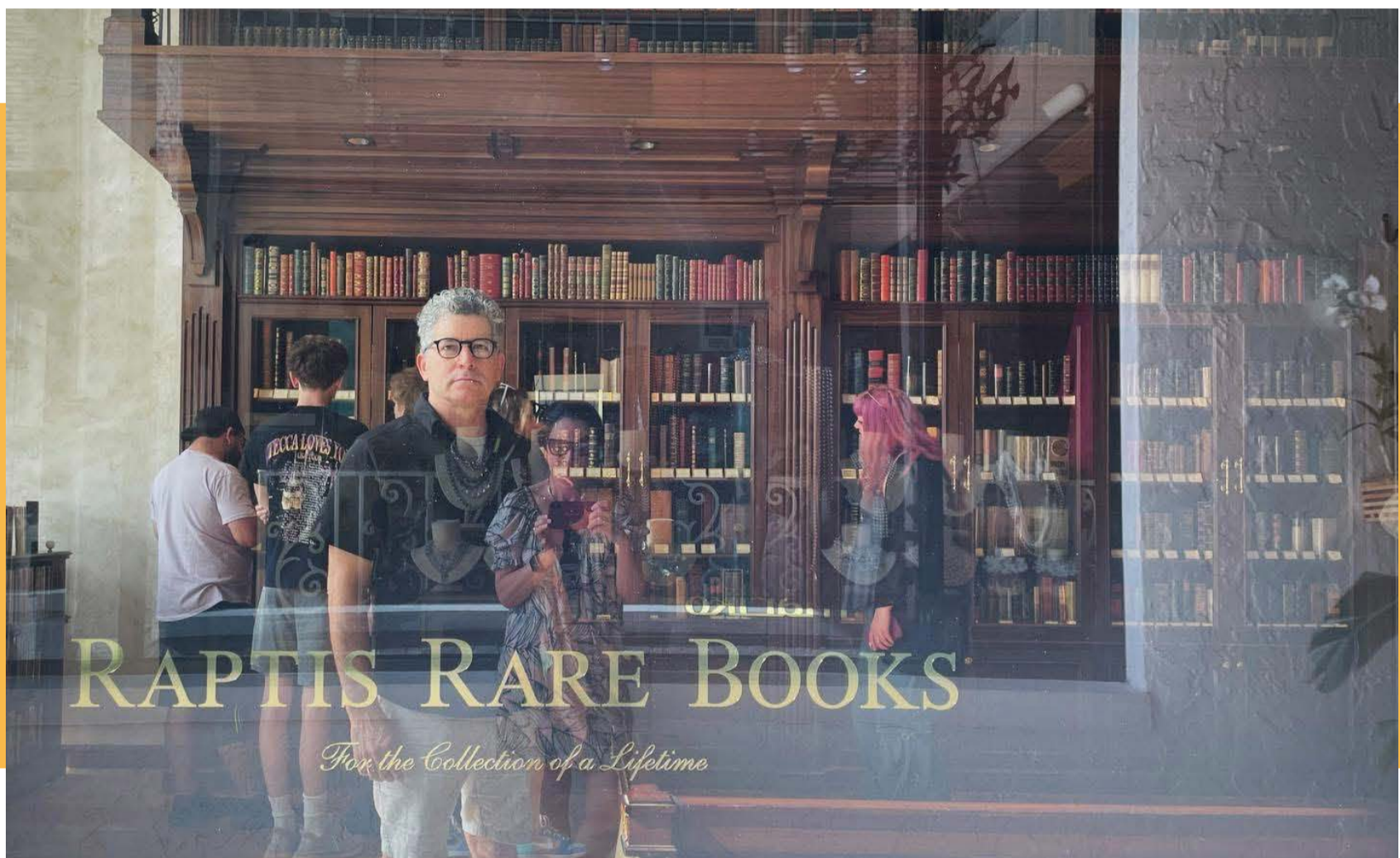
Editores responsables: **Lizbet García Rodríguez** y **Roberto Kaput González Santos**. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo **No. 04-2023-121911450000-102**, ISSN: **EN TRÁMITE** — ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor.

Responsable de la última actualización de este número, **Ing. Juan José Pérez Chávez**, Unidad de Informática INDAUTOR, calle Puebla, 143, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06700. Fecha de última modificación: **04/06/2023**. Tamaño del archivo: **8.3MB**

Prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de los editores.

“LEZAMA REPLETÓ SUS LIBROS DE YAGRUMAS, MANATÍES, CENTIFOLIAS E IMÁGENES QUE SOLO PUEDEN EXTRAERSE DEL PAISAJE CUBANO”:

MICHAEL H. MIRANDA



En el 50 aniversario luctuoso del narrador, poeta, ensayista y editor cubano José Lezama Lima (1910–1976), una manera de dimensionar el peso de su obra es reconociéndola en la significación que entraña para sus lectores. Entre los cinco mil volúmenes de la biblioteca del poeta, ensayista y crítico Michael H. Miranda en Houston, Lezama es un poco ancla, origen e identidad.

Lizbet García Rodríguez
Fotos: Martha María Montejo

¿Cuándo y cómo se dieron tus primeros acercamientos con la obra de Lezama? ¿Fue fácil “digerir” de inicio esta estética exuberante, monumental?

Nací dos años antes de la muerte de Lezama y no llegué a sus libros hasta 1992. Ese año fue un parteaguas importante en mi vida porque ingresé a la universidad en Santiago de Cuba. Significó la transformación de mis lecturas, el cambio en la mirada como una afirmación hacia un mundo, el de la literatura, que sería mi destino cubano y sobre todo la iniciación de un largo camino hacia la vocación, poner los libros en primer lugar. Interactuar con otros estudiantes que más o menos compartían esa vocación fue decisivo, a pesar de que, de todos aquellos, solo dos o tres mantuvieron esos intereses y sé que continúan leyendo y escribiendo.

Hasta ese entonces yo había sido un lector novelesco con intereses muy desiguales. A veces me vienen a la memoria cosas dispares que no recordaba haber leído en mis años preuniversitarios, como una ladrillosa biografía de Albert Einstein que estaba en casa en edición soviética de la que no debí entender nada. Pero sí recuerdo mi fascinación con Homero, yo debía tener unos once o doce años cuando leí primero la *Odisea* y luego la *Ilíada*, que me hicieron lanzarme a buscar información sobre los mitos griegos.

Antes de 1992, yo no era un lector de poesía. La universidad me puso en ese camino, digamos que corrigió ese rumbo. Y en esos años estuvo Lezama como centro, apareció su nombre, busqué sus libros y hasta el sol invernal de hoy aquí en Tejas me siguen acompañando, con estaciones de mayor cercanía, como en la que ahora estoy, pues releo *Paradiso*. Uno de mis proyectos actuales de escritura tiene que ver con *Dador*, su gran libro interminable: quiero poner a Corvus ante ese artefacto aniquilador y que sea otra vez devorado por un cetáceo blanco vengador e implacable.

No creo que haya sido fácil o sencillo desde un inicio y sería absurdo pensar que no hay dificultad en casi todo lo que Lezama escribió, pero leer —sobre todo poesía— es la inmersión en un plexo que a veces puede ser muy complejo. Saber que ahí también puede estar el placer o cerrarlo y largarse es lo que nos define como lectores.

Hay una nostalgia latente en su obra, ¿consideras que puede atribuirse a la condición humana o a la insular? (Esta circunstancia del agua por todas partes, que aludió Piñera)...

Hay rasgos de cierta nostalgia en el último Lezama que pueden rastrearse en sus cartas familiares y a amigos como María Zambrano, un Lezama ya desolado, con la familia ausente, su madre muerta, los amigos dispersos y temerosos y aquella Habana, la ciudad que tanto lo nutrió, en vías de destrucción. Pero si bien es cierto que, sobre todo en *Paradiso*, hay la reconstrucción de un entorno cerrado, de hogar de familia entre finales del siglo XIX y principios del xx donde florece el lenguaje, y de que muestra un linaje que se afincó en la épica independentista de los abuelos y luego el orden militar de su padre Coronel, no he creído que sea uno de sus principales asuntos.

Otra cosa es la mirada sobre la isla como una supuesta condición o una ontología que la destinaba a la poesía por el hecho mismo de su condición insular. Véase el *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, en el que Lezama menciona a Frobenius y las “culturas del litoral”, pero creo que este es un asunto ya demasiado extemporáneo para volver sobre él.

¿Crees que el sincretismo presente en su obra ayuda a comprender la identidad cubana y latinoamericana, o nos confunde más?

En Lezama el sincretismo se da desde las formas del barroco hasta la mirada de un poeta de ascendencia española que creció en un entorno criollo. Me resultan cómicos los que

siempre lo acusaron de extranjerizante cuando era sencillamente exuberante. Lezama es un cubano rellollo que repletó sus libros de yagrumas, manatíes, centifolias e imágenes que solamente pueden extraerse del paisaje cubano, pero también podía tener muchísimas zonas donde el humor es desbordante, tanto en su poesía como en *Paradiso*.

Sus exploraciones de lenguaje no tienen comparación en la poesía moderna y por suerte jamás le han faltado buenos lectores y críticos que han sabido abundar sobre sus importantes hitos expresivos. Creo que para su recepción entre cierto movimiento de poetas latinoamericanos fue muy relevante que Néstor Perlongher lo considerara una especie de Dios tutelar y lo pusiera a la cabeza del denominado “neobarroso” rioplatense, como también lo fueron en su momento Julio Cortázar, Emir Rodríguez Monegal y Vargas Llosa en el entorno del “Boom” de la novela, y, sobre todo en el entorno parisino, Severo Sarduy.

Como lector, ¿qué has disfrutado más, el Lezama poeta, el ensayista o el narrador?

He disfrutado esa trinidad. En un principio fui más de su poesía y tras algún intento de avanzar con *Paradiso*, siendo un lector todavía demasiado imberbe —aquel segundo capítulo donde introduce el extenso relato de un sueño y aparecen con gran anarquía unos personajes músicos sin desarrollar parecía un imposible ochomil lector—, es imposible no disfrutarlo. *Paradiso* es uno de los libros sobre los que he vuelto recientemente y que más estoy disfrutando, es la mayor fiesta de lenguaje que alguien pueda disponerse a leer. Si tiene paciencia, claro, pero lo que soy yo, no concibo la lectura impaciente.

Recientemente, escribiendo un texto sobre mi padre, que fue impresor y supo lidiar dignamente con tipos de imprenta en aquel ambiente pueblerino del Oriente cubano, vine a dar con un breve ensayo de Lezama en *Tratados en La Habana* dedicado a un



impresor habanero y me volvió a revelar su sensibilidad despierta, la de un hombre capaz de dejar páginas espléndidas sobre Góngora y el barroco de Indias, Goethe, Mann, Pascal, Nietzsche, Rimbaud, Mallarmé y Martí, y también sobre un impresor en quien nadie va a detenerse.

Como escritor, ¿existe resonancia -consciente o inconsciente- de la obra lezamiana en tus propios textos?

Escribo porque he leído. Y las lecturas son como un magma donde abundan unos referentes que no siempre quieren ser reconocidos o admitidos. Si dijera que en una página “la vaca conversa con la espalda del obispo”, y hablara de “la serpiente engarabitada espiralando el caduceo”, o que “El agua fresca, espejo del fisóstomo, llega hasta la gaita del heno sexonutricio”, estaría demasiado claro a quién estoy imitando, no precisamente “robando”.

Lezama fue un poeta cuya imantación operó más en el terreno de la admiración y la lectu-

ra sin que necesariamente haya creado epígonos. Es un "agón" demasiado fuerte que invita a leer la tradición de otra forma, a lanzarse a surfear a Góngora y a establecer una genealogía privada que va de los herméticos antiguos hasta *La muerte de Virgilio* y a poetas cubanos como José Kozer, el primer Hernández Novás, Heriberto Hernández, el Ángel Escobar de *Abuso de confianza*, Carlos Augusto Alfonso, Javier Marimón, Pablo de Cuba y Javier Mora.

A nuestra generación intentaron silenciarle a Lezama, verlo como una especie de componente subversivo (incluso esto está presente en la película *Fresa y chocolate*, a través del personaje de Diego), ¿qué crees que le ha aportado su figura a los escritores y artistas cubanos formados en la segunda mitad del siglo XX?

Es cierto que tuvo un coqueteo iniciático con algunos símbolos del castrismo, pero estos a nivel textual quedan reducidos a sus breves ensayos sobre el Che Guevara y el 26 de julio recogidos en *Imagen y posibilidad*, y un poema al Che Guevara que muy malintencionadamente cierra la antología de su poesía que, por intermedio del poeta César López, hizo la editorial Sexto Piso no hace mucho. El Cintio Vitier diputado, y funcionarios como Abel Prieto y Fernández Retamar intentaron desdibujar el hondo descontento que Lezama acabó sintiendo a medida que la nueva institucionalidad despótica se iba apoderando de cada resquicio y expulsando toda vía democrática de la isla. No olvidemos nunca que Lezama era profundamente católico y muy apegado a la idea de la familia, y el castrismo le planteó la guerra a la Iglesia casi de inmediato y su familia acabó disgregada.

Pero sobre todo la gran barrera que se erigió en torno a su obra es el intento de establecer desde los inicios mismos de los años 60 un modo de hacer en la cultura que estaba demasiado reñido con los presupuestos estéticos del grupo origenista y de Lezama en particular: el canto a las glorias revolucionarias, las luchas

obreras, y el realismo socialista que expulsara toda crítica a la gestión partidista militante. La triste realidad de las prácticas culturales totalitarias y su impulso por conducir y corregir los rumbos y las dinámicas del campo literario es que estemos ahora hablando de Lezama, pensando en que pronto se cumplirán cincuenta años de su muerte en La Habana, y no de Nicolás Guillén ni ninguno de aquellos que forman parte de los libros escolares por razones casi siempre ajenas a lo literario. De modo que el problema no es plantearse el falso dilema de si *Dador* y *Paradiso* eran para una élite que quedaba expulsada del taller mecánico de un Regino Pedroso, sino que el nuevo *status quo* que decretó el régimen instrumentalizó esa bastante absurda división. Ahí no era ya posible que cupiera un poeta que "pellizca la tinta del calamar".

Hablábamos antes de exuberancia o monumentalidad de sus escritos, pero encontramos también, por ejemplo, en *Paradiso: el yarey, el guarapo, la hoja de malanga, el cuerpo, el erotismo, el Caribe...* ¿Cómo sitúa esta novela a Cuba ante el panorama de la narrativa de Hispanoamérica?

Paradiso es la cumbre de la novelística en un país cuya tradición novelística cubana es mediocre, como si fuera la que corresponde a un país al que le ha costado mucho "establecerse". Y es curioso que esa novela cumbre sea *Paradiso*, una novela de culto, una novela de la extrañeza, de degustación lenta, de lectores ciertamente escasos porque la mayoría la abandona en cuanto da vuelta a las primeras páginas por la dificultad que entraña.

Habría que decir que es falso que Lezama no supiera narrar. El primer capítulo de la novela está extraordinariamente bien escrito, así como la mayoría de los pasajes decisivos de la trama, como la muerte del Coronel en Fort Barrancas (Florida) donde aparece Oppiano Licario, todo es de una gran belleza. Siempre tengo presente que a una novela ni le sobran ni le faltan páginas: la novela es esa que lees y es

buena o mala debido a eso. *Paradiso* puede ser un caso aparte: de muy pocos autores podemos hablar de la construcción de un universo, de la consecución de una cosmogonía basada más en el lenguaje que, por ejemplo, en el caso proustiano, en la memoria, aunque haya mucho de ella en el libro.

Durante la presentación de tu libro de ensayos *Cuba diluida* (Hypermedia, 2021) abordabas esta especie de disolución de la isla que ocurre con los escritores de la diáspora, pero también con autores como Lezama. ¿Qué representa su escritura para el contexto –no solo literario– sino también político y social de la Cuba transcurrida en estos 50 años sin Lezama Lima?

Lo mencioné en aquella ocasión a propósito de ciertas lecturas cubanas que había venido realizando en las que la noción Cuba se estaba transformando en otra cosa, algo así como un cuerpo regido o devorado por el monstruo de la enfermedad y al margen de, digamos, toda moral, pero está claro que es apenas una impresión que merecería un mayor desarrollo. La “disolución” cubana opera mucho en el campo exiliado y no estoy tan seguro de que Lezama no lo fuera en la última década de su vida. En casa hay casi siempre música cubana sonando, pero en cuanto a libros he perdido el nexo con lo que allá se edita. La gran epopeya de las comidas y las bebidas se ha diversificado tanto que el quimbombó colinda con el muhammara y el arroz congrí acompaña al ossobuco.

Cuba está ahí, la apuro en casi cada cosa que me rodea, y la posibilidad del regreso, aunque no me quita el sueño, la imagino en un escenario futuro donde no quede ni rastro del rampante despotismo de hoy.

DATOS DEL AUTOR:

Michael H. Miranda es poeta, ensayista y crítico. Nació en Cuba en 1974. Estudió Periodismo en la Universidad de Oriente (Santiago de Cuba). Trabajó en su país de origen como periodista, guionista de radio, editor de libros y colaborador de varias de las principales revistas literarias cubanas, incluyendo algunas del exilio, desde finales de los años 90 hasta su salida hacia Estados Unidos en el 2008. Fue cofundador de la revista literaria independiente *Bifronte* (2005), censurada por las autoridades, y dirigió otras como *Diéresis*, *Dos Mundos* y *Cocuyo*. En Estados Unidos obtuvo un doctorado por la Texas A&M University (2016) y trabajó como profesor en la Universidad de Arkansas en Fayetteville. Reside en Houston, donde labora como profesor, co-dirige las revistas digitales *Parva Forma* y *Bookish & Company*. Algunos de sus libros publicados son: *En país extraño* (poesía, Miami FL, 2014), *Asilo en Brazos Valley* (poesía, Bokeh Press, Leiden, Holanda, 2017), *Diario de Olympia Heights* (diario, Editorial Casa Vacía, Richmond VA, 2017), *Cuba diluida* (ensayos, Editorial Hypermedia, Miami FL, 2021), *Venecia inactual* (libro de viaje, Editorial Casa Vacía, 2022), *Hilachas* (apuntes, Editorial Casa Vacía, 2024) y *Deserta* (poesía, Bokeh Press, Gainesville FL, 2026).

